

FÉLIX ANTONIO GONZÁLEZ



PREGÓN 2008

* * *

PRIMER PREGÓN 1958

Semana Santa

Medina de Rioseco

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2008

* * *

PRIMER PREGÓN 1958

Félix Antonio González

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada: Santo Cristo de la Pasión
Juan de Muniátegui, siglo XVII

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 166.-2008

PROCLAMA

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir la Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas y Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado, ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad que hoy, Sábado de Dolores quince de marzo, Santa Lucrecia y Santa Luisa de Marillac, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santa María de Mediavilla, a las veinte treinta horas y ante la imagen penitencial del Santo Cristo de la Pasión, para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Excmo. Señor Don FÉLIX ANTONIO GONZÁLEZ, Escritor, Periodista, Pintor, Hijo Adoptivo de la Ciudad, Medalla de Oro al Trabajo.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del octavo año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Ítem más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y pedimos oraciones para que Su Santidad el Papa BENEDICTO XVI, vicario de Cristo en la Tierra, pastoree con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia trigésimo tercero del Reinado de JUAN CARLOS I.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2008

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACIÓN

Con licencia del Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santa María y Santiago, don Javier Castañón Castañón, en representación del equipo sacerdotal parroquial.

Muy Iltre. Sr. Alcalde de Medina de Rioseco, Excmo. Sr. Pregonero, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Presidentes de las Cofradías, Gremios, y Hermandades de Penitencia y Pasión, Mayordomos, Señoras y Señores:

«Dichosos los afables, porque ellos heredarán la tierra»

Parece que fue ayer. Parece que fue ayer y han pasado 50 años desde que fuera pronunciado públicamente, allá en el año 1958, el primer pregón de nuestra Semana Santa, concretamente el día 28 de Marzo, viernes, en la Sala Capitular del antiguo edificio Consistorial riosecano. Felizmente, este año celebramos sus Bodas de Oro y lo hacemos con la esperanza de su continuidad y el deseo de que sea celebrado muchas veces su acontecer, en el devenir de los tiempos.

Ha pasado el tiempo y con él las circunstancias que rodean la Semana Santa se han ido adaptando, en especial, lo que se refiere al funcionamiento y organización de actos y actividades que la son propios.

En los años 50 y anteriores, el Ayuntamiento, con el Alcalde-Presidente de la Corporación a la cabeza, se encargaba de organizar y programar los diferentes actos a realizar, se decía «para el mejor desarrollo y brillantez de la Semana Santa». Siempre conjuntamente y con la anuencia de los responsables parroquiales de Santa María o de Santa Cruz, quienes se ocupaban, principalmente, del acontecer en lo referente al aspecto religioso a tener en consideración en los actos y los desfiles procesionales.

A finales de los años 70, la Corporación Municipal riosecana, de la que era Alcalde-Presidente el Ilmo. Sr. Don Manuel Fuentes Hernández, propo-

ne que todo lo referente a la Semana Santa, en su aspecto civil, (organización de actos y actividades, funcionamiento económico, relación entre instituciones, etc.) tenga entidad propia, por lo que se crea una Junta Local Pro-Semana Santa que, con el apoyo de aquel, asume parte de dichas responsabilidades. Entre las personas que la conformaban fue elegido presidente don Santiago Sánchez Fernández, hermano del «Nazareno de Santiago» y de «La Crucifixión».

Es a comienzo de los años 80 cuando la Junta de Semana Santa empieza a adquirir entidad propia, independiente, con derechos y obligaciones que se ven reflejadas en unos Estatutos y un Reglamento aprobados, por unanimidad, por el Pleno de Cofradías y Hermandades en el año 1982, siendo refrendados posteriormente por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valladolid.

En el año 1983, esta entidad queda registrada, con el nombre de JUNTA LOCAL DE SEMANA SANTA «LA SOLEDAD», en el Registro civil de Asociaciones.

En el año 2006, dichos estatutos fueron reformados y posteriormente aprobados, adaptándose así a la legislación establecida por la Junta de Castilla y León, vigente para esta Comunidad Autónoma.

Tarea realizada de gran importancia y, en mi opinión, poco reconocida a quien se encargó durante años en hacerla realidad: nuestro querido y recordado Presidente, don Fernando del Olmo González, artífice e incansable defensor de la independencia de la Junta con respecto a otras instituciones, actuando con libertad y autonomía siempre, eso si, desde el permanente respeto, reconocimiento y gratitud al Iltre. Ayuntamiento, máximo representante ciudadano. Esto, conscientemente responsables de nuestra pertenencia a la Iglesia católica, a la Parroquia, a la que debemos respeto y lealtad, estando subordinados en lo que afecta al sentir y en la práctica religiosa.

Es por ello que este Pregón se realiza, año tras año, con la autorización de la autoridad religiosa, bajo la presidencia de la Vara Mayor y las Varas que portan los Mayordomos de las distintas Cofradías de nuestra Semana Santa. Ellos son quienes la representan.

Han sido muchas y de muy diferente condición, social o literaria, riosicanos o foráneos, las personalidades que han tomado parte como Pregoneros de nuestra Semana Mayor, siempre de forma altruista y desinteresada, y han prestado su voz y bien decir para darla a conocer. Muchas han sido las que, ininterrumpidamente, desde aquel año 1958, se han dado cita

aquí, en Medina de Rioseco, para cantarnos las excelencias de la Semana Santa, la belleza de los pasos, el sentir y amar de sus gentes, el atractivo testimonial, cultural y turístico de la ciudad, etc.

Han sido tantas las personalidades que han ocupado esta «cátedra» allí donde estuviere (Ayuntamiento; cines Omy o Marvel; iglesia de los PP. Claretianos o de Santa María, etc.), que me es casi imposible nombrarles, por lo que les pido disculpas y comprensión. No obstante, quiero dejar constancia este día de nuestro permanente recuerdo y agradecimiento, sabedores de que les sentimos parte importante e imprescindible de la historia de Semana Santa riosecana: ¡Gracias. Muchas gracias a todos!

Pardal y tapetanes han anunciado por calles y plazuelas de la ciudad que hoy es el día del Pregón, pórtico de los distintos actos y procesiones que se celebrarán en estos días, para convocar así al pueblo llano, vecinos y visitantes, amigos y familiares, a participar en él.

En esta iglesia de Santa María de Mediavilla, al regazo de su fraternal torre, guía y faro luminoso para riosecanos ausentes o visitantes, comenzamos una nueva SEMANA MAYOR de PENITENCIA Y PASIÓN, camino que recorreremos bajo el signo de la Cruz, hasta llegar al glorioso día de CRISTO RESUCITADO, nuestra meta de salvación.

En presencia de la Vara Mayor, Varas e insignias de las distintas Hermandades penitenciales riosecanas, ante el santo paso del «CRISTO DE LA PASIÓN», va a pronunciar el Pregón el Excmo. Sr. Don FÉLIX ANTONIO GONZÁLEZ, pregonero que lo hiciera en el año 1958, por lo que celebremos las Bodas de Oro del mismo.

Gracias Félix Antonio por haber aceptado el «encargo» y encontrarte entre nosotros, a sabiendas del gran esfuerzo personal que ello supone.

Gracias por sentirte y ser riosecano de corazón... Gracias por tu sentido y nunca disimulado amor por esta, tuya y nuestra, Semana Santa...

En nombre de la Junta de Cofradías y en el propio, quiero darte muchas gracias y testimoniar nuestro permanente reconocimiento.

Nacido en Valladolid, con raíces y ascendentes riosecanos, como le gusta decir, pero con el sentir de ser un riosecano más, es un personaje muy conocido a través de sus múltiples facetas: periodista, escritor (fue director del periódico «El Norte de Castilla») y pintor; Hijo Adoptivo de Medina de Rioseco y, últimamente, ha sido premiado con la Medalla de Oro al Mérito

en el Trabajo, distinción concedida por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, la cual le fue entregada, por el Ministro del ramo, el pasado mes de enero.

Soy consciente de que, quizás, la presentación que hago de tu persona queda corta. Soy consciente de ello, pero considero que quien mejor la hace y como mejor se conoce es a través de tu narrativa, sencilla, de la maravillosa y expresiva, prosa que forma parte de tus escritos, de tus versos, de tus ripios... De todos ellos se puede deducir y conocer a la persona, sus valores personales, tanto en lo humano como en lo social.

Reiterándote nuestro agradecimiento, los hombres y mujeres de estos lares esperamos que tu sentir y amor por lo riosecano nos sirva de reflexión.

Que tu palabra nos llegue al corazón, fortaleciendo nuestro espíritu y nos sirva de preparación para celebrar, con fe cristiana, la Semana Santa, sus desfiles de Penitencia y Pasión, con la austeridad que nos distingue y caracteriza, dando respetuosa escolta a las «tallas» de Cristos y Vírgenes representados en nuestros pasos, imágenes a cuyo amparo y protección nos encomendamos un año más y a los que solicitamos su perdón.

Félix Antonio: ¡estás en tu casa, entre tu gente!

Gustosamente te cedo el uso de la palabra, con el deseo de que, con ella nos hagas llegar tu mensaje de convivencia y afecto.

¡Tuya es la palabra!

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa
Marzo de 2008

PREGÓN DE SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO - 2008



Cuando la anterior Semana Santa, dije en Punto Radio que el año que viene, si Dios quiere... Lo dije entre la ilusión y el miedo... La ilusión, porque tenía y tengo el alma puesta en ello y el miedo, porque el tiempo pasa hasta por los relojes más templados. Entre la ilusión y el miedo, Virgencita nuestra, la pequeñita, la que en medio del campo tiene su ermita: dile a Tu hijo que tiene que querer... Le decía y le repetía que el año que viene, este año, cumplirían las bodas de oro el pregón y el pregonero de Rioseco y que suponía que habría fiesta grande en el mundo procesional, con nuestra Semana vestida aún más de gala y un rayo de luz como un velo blanco desde la peineta de la torre de Santa María al bendito suelo... Fiesta grande... Y fiesta grande al menos hay en mi corazón, hoy de diez latidos al unísono porque llega con lo más íntimo de los suyos... Con su gente.

Fiesta grande e infrecuente, ya que el pregonero del primer pregón volvería a ser el pregonero, como anudando la emotiva historia riosecana, como reviviendo el primer aliento de una vida... Que aquí, en Rioseco, somos así.

Gracias a Dios y a mi Virgen de Castilviejo y a mi Virgen de las Angustias, que no te olvido, vecina, el primer pregonero no es, cincuenta años más tarde, lejana historia, puro recuerdo, sino pulso vigente, mientras el cuerpo aguante... Que ha tenido que aguantar, porque no podía faltar a esta cita de honor y amor.

Pues todo eso que iba a ser, visto desde el año pasado, soñado, deseado al alimón con Artemio y con todos, está siendo, porque este año es el año que viene, el año que tenía que venir, el año que ha venido como un cofrade puntual en la larga cofradía de los tiempos... Y yo soy aquel pregonero y soy este pregonero... Sin méritos para ello, pero lo soy... Sólo, por estar en el instante oportuno y hacerme la firma voluntad de volver a estar...

Que no creáis que no, pero en estos últimos meses he estado tocado de ala... y no me quejo después de ochenta y seis años sin tocar... Pero he estado tocado de ala y yo le pedía al Dios, de acá y de allá, al Dios total, que me dejara llegar a este día, porque este día, el del pregón número cincuenta de los pregones, tenía un compromiso de amor y de honor el primer pregonero... Y aquí estoy, gracias a Él y a su bendita Madre... Y allá arriba sonrío la mía de aquí abajo, María, la niña que completó la docena de desilusiones de mi abuelo herrero, porque él quería un pinche de fragua... Pero aquí está su hijo, este herrero de colores y de palabras, que hoy llega, con el alma remangada, a sacarle estrellas de luz y de amor al hierro de su casta.

Cuando venga el año que viene, que vendrá, decía, vendrá también el pregonero, que lleva andado mucho camino, pero en cuyo bordón de caminante está grabado el compromiso con nuestra Semana Santa... Un pregonero como otro cualquiera, un hombre sencillamente, con unos títulos que tiene pero que no pregona, porque no es tonto... Un pregonero de a pie, pero que siempre llega a donde tiene que llegar... El año que viene, este año, el 2008 en la historia del mundo, el ochenta y seis en mi mínima historia y el cincuenta en la biografía de los pregones, un riosecano de adopción y de vocación, nieto de un herrero que tuvo doce hijas y un hijo, el décimo tercero de su ilusión, que le nació muerto, vendrá –decía– a reclamar ese puesto de amor y a seguir dándole al yunque de la palabra, entre las pausas que le concede el yunque del color...

Bueno pues ya está aquí aquel riosecano. Aquel riosecano que soy yo, nacido en la calle de Esgueva de Valladolid, pero a la vez –que eso se logra en la milagrería del puro deseo– en la vieja rúa, donde el Capricho; alguien que no tiene sino que quitarle el freno de mano al corazón para estar en Medina de Rioseco, para andar los pasos de los suyos, para acercarse a Santa María a ver si sigue allí el cocodrilo, para bajar a Santiago a recordar el cuartel de la Guardia Civil que heredó de su tía Juana Carro, para deslumbrarse en Santa Cruz, con los pasos varados del mar de la Semana Santa de los Almirantes... Para vivir esa, esta Semana Santa, que llevó al mundo en unos programas de televisión que, cosas de la tele, siguen sin pagarle, pero que vaya si cobró en satisfacción propia... Que no hay mejores dineros que los que se guardan en el billetero del alma...

Desde la nostalgia hablo en las bodas de oro del pregón, pero sobre todo desde la alegría... Por la Semana Santa y por mí... Por una Semana que centra la emoción cristiana de estas tierras... Y por mí, un alma en camino que un día, un bendito día, llegó a aquel ayuntamiento de ladrillo,

donde Don Rafael Herrero y Don Genuino Reglero; qué nombre, genuino, para un hombre, para los hombres genuinos, naturales, legítimos... Un hombre que llegó puso la primera piedra de este edificio de cincuenta plantas, que alza en lo sumo su consideración de imán, de atractivo turístico internacional, bien claramente, para que acaben de verlo quienes tienen que verlo... De aquel, de este pregonero, que habló con el corazón en la mano, porque esa es su manera de hablar... Y sobre todo si habla en Medina de Rioseco, de un río seco de nombre pero jugoso, fértil de gentes y de esperanzas...

Aquel hombre que, otro día, se llegó al cine Omy, de Edmundo Margareto Yenes, con una niña rubia del brazo que se llamaba y se llama Maruja Costilla, entre un batallón floral de Rioseco, en el que estaban –todas guapas, porque aquí no hay de las otras– María Dolores, hoy esposa de Aurelio Alonso Cortés, nieto de Don Narciso, María del Carmen Garrido, María Dolores Rodríguez, Tere Galván, Mari Obeso... Aquel pregonero, este pregonero, lo ha sido en otras ciudades, pero aquí lo fue en la suya, en esta ciudad, que acaso no sea tan grande como otras en el cómputo de las gentes pero que lo es a todo ser en el registro de la categoría...

El año 2008, que vendrá –y que, gracias a Dios, ha venido– decía, le pediré la venia al alcalde (que esta es la ciudad de los buenos alcaldes, y por eso es lo que es), y a mi párroco de mi parroquia emocional, donde se casaron mis bisabuelos y mis abuelos, y acristianaron a mi madre y hablaré a mi gente... Aunque no estén, por la inoportuna cuestión de morirse, mi primo y compañero de Facultad, Francisco Blanco, mi tío Andrés Galván, mis primas Pilar, Nieves y Nico... A Nieves y Nico, que se murieron en el Hospital Asilo, Dios lo bendiga, cuidadas, mimadas... Madres: cuando se haga viejo este joven de ochenta y seis años, habrá que hacerle un hueco...

¿Por donde iba?... Ah, sí: que el año que viene, que ha venido, todos, ya no en la iglesia de los padres... Que no sé si seguirán estando allí, pero vaya si estarán, porque uno, allá en lo hondo, está donde quiere estar y es lo que quiere ser, querido padre Oterino... En la iglesia de San Pedro... Soy un riosecano que no nació en Rioseco por un despiste de la cigüeña, pero que lo es, de norte a sur, de este a oeste en las coordenadas de su corazón...

En la medida cierta de mi ilusión, están con nosotros los que ya no están pero que vaya si están... Por ahí anda mi tío Anselmo, el patriarca, que tendrá para mí un puñado de caramelos en el bolsillo...

¿No sabes, tío?... Yo soy el pregonero...

—¿Tú, Felisin?... Quitá allá...

—Y es que los Felisines acaban por cuajar y a veces se pasan...

Nací en Valladolid, decía, pero soy de Rioseco en el censo del alma... Porque yo fui soñado en el Castillo, ideado en los limpísimos ensueños de una mocita riosecana y un músico vallisoletano, en el rebujo de aquellas manitas que no eran sino manitas, ya que buena era la madre de mi madre, mi abuela Ciriaca, que echó del portal a mi padre la noche anterior a la boda... Mi abuela Ciriaca yunque amoroso de mi abuelo Buenaventura, el fundidor, que soñó un hijo y le nacieron doce hijas, de mi tía Pilar a mi madre, y a la décimo tercera fue la vencida... y tan vencida, porque al fin fue niño pero nació muerto...

Sólo que, abuelo, yo soy aquel niño, que tenía otra vida para ser profundamente riosecano, para ser el pregonero de una Semana Santa en la que tú ya no desfilas... Pero aquí está este hierro de tu fragua... Abuelo Buenaventura, nombre de colegio, dómine ejemplar, forjador, herrero, en el que quiero centrar el homenaje que merecen los profundos fundidores riosecanos, esos que llevan el nombre de la ciudad en la verdad de sus hierros por todo el mundo... Que cuando yo veo un hierro en cualquier ciudad, sé que si está fundido cabalmente, es paisano mío.

Cuando voy llegando a Rioseco y, tras las tres medias verónicas de la carretera aparece, como un estoque en las agujas del páramo, la torre de Santa María, algo me dice, desde los mismísimos adentros, que estoy llegando a casa...

A la casa de mi gente de antes, hoy llego con mi gente de ahora, para poner la mano del alma en los pergaminos de papel de dibujar y jurar sobre los sacramentos de mi fe... Con mi mujer, mis hijos, con sus mujeres, que son mis nueras pero a la vez mis hijas... Y ya que hablamos en términos tau-rinos en una tierra tan de toros, con mi cuadrilla, con mis nietos; con mis tres banderilleros y mi presidentita del alma...

Hace cincuenta años alguien dijo el primer pregón de la Semana Santa de Medina de Rioseco... En aquel ayuntamiento de ladrillo, de Don Rafael Herrero como alcalde y de Don Genuino Reglero como secretario... Aquel alguien —este alguien— no era ya un chaval, pero lo era visto con estos prismáticos de medio siglo al revés... Un pregonero emocionado, porque venía a hablar en una tierra en la que no había nacido, pero en la que había sido

soñado, deseado por una chavala riosecana y un músico de Valladolid que decidieron hacer un dúo con sus vidas... Y un hijo.

Un hijo que, por aquello de que las cosas acaban siempre encajando, llegó a ser riosecano, por el bonito camino de la adopción... Yo, aquel chaval, este chaval, soy como esas chinitas que vienen a alegrar los hogares amigos pero que, de eso estoy seguro, encuentran la alegría en esos hogares... Como mi amiga Marina, mínima e inmensa cofrade...

Un chaval, este chaval, nieto de herrero... Alguien que se rompe los nudillos en el corro sacando al Longinos o a la Oración del Huerto, como su abuelo... En el corro, cerca de donde nació, en un rebujo de muerte su bisabuela Isabel, una de los veintidós frutos del tatarabuelo Leoncio... Un rosario de misterios dolorosos, como todos, pero muy especialmente de misterios gozosos, de clarísimos misterios gozosos; que para mí empieza a hacerse de día cuando, desde Valladolid, tras dar media docena de verónicas, veo alzarse, como un índice, la torre de Santa María, centro, punto fundamental de la geografía de nuestra tierra...

Como el dedo índice de la mano abierta de estos campos... De estos campos en los que cada año, las espigas procesionan como rubios capirotos candeales...

Cada año... Y, cada año, abrazado a mi fe de riosecano, formo a la vez en la Oración del Huerto, en la Flagelación, en la Columna, en el Ecce Homo, en los dos Nazarenos, en la Desnudez, en la Pasión, en la Dolorosa, en la Crucifixión, en la Paz, en el Descendimiento, en la Piedad, en el santo Sepulcro, en la Soledad, en la Resurrección... Porque aquí se hereda la fe... Y el hábito...

Fíjense: en las primeras páginas del Libro de la Cofradía del Nazareno de Santa Cruz, año 1826, figura Don Víctor Párriga Chico y posteriormente Don Fernando Rodríguez Serrano... Aun con más antigüedad, los Chico Montenegro... Pues este año es Mayordomo de la Pasión Alejandro González Urbón, bisnieto de Don Cándido Costilla Chico y nieto de Maruja, la reina de mi corte... Ocho generaciones... Pues ya está me dije: soy de todos los pasos, pero voy con este...

La reina de mi corte... Me veo saliendo del Cine de Osmundo Margareto Yenes, con Maruja Costilla del brazo y una constelación de guapas... María Dolores, la mujer de Aurelio Alonso Cortés, nieto de Don Narciso, que todo acaba por anudarse, María del Carmen Garrido, María Dolores Rodríguez, Tere Galván, Mary Obeso, Yolanda Hoyos, María del

Carmen Herrero, y dos preciosas niñas, Montse Pizarro, Ángeles Pizarro Sánchez... Pero volvamos al primer pregón...

Desde entonces, cada año, como aquel año, el segundo del rosario de pregones, después de oír a María Teresa Yñigo, mi prima... Que mucha gente se sorprendía de que fuéramos parientes y yo lo decía y ella soltaba la carcajada: pero ¿es que un rosal no puede dar dos rosas?... De oír a Tere o a Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña o a Carlos Rivero, a Lope Mateo, a Federico Watemberg, a Muelas, a López Anglada, a Santiago Melero, a Jesús Vasallo, a Rafael Chico, a Ciriaco Pérez Bustamante, a Andrés Ferreras (un gran alcalde en esta ciudad de grandes alcaldes), a Juan José Martín González, a David Cubedo, a Javier Delgado, a Amando Represa, a Joaquín Castro, a Leopoldo Cortejoso, a Manuel Fernández Areal, a Carlos Urueña (que acaba de morirsenos), a Manuel Almendros, a José María Chico, a Ramón Criado –que dio un pregón rompedor con fotos de playas del Caribe para escándalo de mi prima Nico, que me decía: pero, hijo, ¿esto es un pregón?... Pues sí, Nico, sí, que los caminos de Dios son infinitos... A Jesús María Reglero –la voz del Sequillo, en palabras del inolvidable Fernando del Olmo–, a Carmen Isabel Santamaría, Alejandro Heras, Lobato, a nuestro cardenal Carlos Amigo Vallejo, José Delicado Baeza, José Antonio Pizarro de Hoyos –nuestro embajador en el país vasco–, Luis Alonso García, José Antonio Lobato del Val, adelantado del riosecanismo en tantos terrenos, y factor de cultura en algo tan importante como el Corte Inglés para nuestras tierras, a Paloma Gómez Borrero, a Tico Medina, a Gregorio Peces Barba, a Manuel Fuentes, otro de nuestros grandísimos alcaldes –que, por eso, entre otras razones, por sus alcaldes, Rioseco es lo que es, una referencia de calidad y señorío; esos alcaldes vistos, a la vez, con cariño y con respeto, como es de ley, por lo que a Manuel Fuentes, los riosecanos mezclaron eso, el respeto con el cariño, para llamarle Don Manolín–, a Jesús Urrea, vara mayor de los santos de palo de Valladolid, a Julio de las Heras –medio pariente mío–, a José Millaruelo –otro que tal en la avanzadilla de Rioseco, el piloto del buen ahorro de esta tierra y del coche-cofradía–, a Carlos de la Casa, al caballero a caballo y a pié Vicente Garrido Capa, al constante averiguador José Delfín Val, a Manuel García Pérez, a Diego Fernández Magdaleno, mi hermano en la devoción a nuestros padres y mi hermano, como riosecano adoptivo que soy, a Diego, hijo de Don Diego, al que se le dedicó una emocionante velada musical, a seis manos, y tres hijos; a Don Gabriel Pellitero que fue quien, al agotar en un cumplido pregón el año pasado toda la peripecia de nuestra Semana Santa, me permite a mí volar, Dios lo bendiga, de rama a rama en los árboles escasos pero firmes de Castilla...

Una nómina extraordinaria a lo largo y a lo hondo, humildemente iniciada hace medio siglo y rematada este año, por un pregonero que, eso sí, vino y viene lleno de buena voluntad y de amor... Y de emoción, pero que, aunque eso no sea mucho, poco más lleva en su equipaje... Por un pregone-

ro que, como saben sus amigos –o sea, todos los riosecanos–, para venir aquí, a encontrarse consigo mismo, lo dirá de nuevo, sólo tiene que quitarle al corazón el freno de mano...

Pues sin freno, pero no desenfrenado, hoy el nieto del herrero, cofrade emocional de todas y cada una de las cofradías de Medina de Rioseco, se reencuentra consigo mismo... Y con su tío Anselmo y con su tío Andrés y con su hijo mi primo Gumer, y con su primo Francisco –fuera gorro los claros batallones de la enseñanza– que anda llorando por los cielos el cierre de los pupitres de San Buenaventura... El nieto del herrero viene a pedir la venia a la Virgen de Castilviejo, en cuya ermita acaso aún siga en cera el niño de la ilusión del herrero de las doce hijas, y a toda la constelación de fe Rioseco... La venia y la paz... Que el mundo no acaba de cumplir su interminable semana de pasión, y los pobrecitos seres humanos necesitamos más cada vez acertar con el camino que nos lleve hasta nosotros mismos...

Porque es en nosotros mismos donde está una verdad, la nuestra, la que nos sale del alma, ese auténtico documento de identidad...

Un camino que nos lleva a una cruz y a una amanecida sobre los hombros sangrantes que mienten la horizontalidad del páramo... Para ser un punto de luz y de emoción en una Semana Santa que tenemos que aupar entre todos a la consideración de su auténtica categoría... Porque es evidente lo que es evidente, que la Semana santa de Rioseco es, en esencia, de interés turístico internacional.

Un interés turístico que Rioseco devuelve a España en la consideración, en la admiración que en los cuatro puntos cardinales merece una semana santa que es, mucho más que espectáculo, una recreación viva y sentida de la muerte del hijo de Dios...

Por este mismo camino llegaba mi padre cuando podía, que entonces nadie o casi nadie tenía coche, en el tren de Rioseco, aquella entrañable chocolaterilla en la que iba fundiéndose poco a poco el chocolate de su amor... En la humilde tatarabuela del AVE, que hoy, mucho asombro, pero que levanten el dedo los íntimos puntos de nuestro mapa que tenían su propio tren en aquellos entonces... Mi padre llegaba a la rúa y, donde el Capricho, silbaba una melodía, que yo me sé, porque no soy sino el eco de la emoción de mi padre, y asomaba por el cuadradillo del techo –del techo del cielo para él– María, la décimo segunda hija del herrero, una muchacha infinitamente blanca para el amor de un músico cetrino, que por eso soy como soy, híbrido de luz y sombra, mulato de amor y amor, gitano-payo como en definitiva creo que hay que ser para no irte por el desmadre de lo absoluto... Y para ser más de Rioseco... Porque aquí, en Rioseco, como bien sabrás, Señor de todos, los gitanos y los payos somos lo mismo, riosecanos a una...

Estoy en casa... Lo que ha tenido uno que andar, sobre todo que volar, para estar en casa... Y, como estoy en casa y dado que Don Gabriel –y yo mismo, hace cincuenta años– hablamos de la Semana Santa según el guión establecido, voy a hablar de lo que no figura en el programa de la Semana, pero sí en el ritual de la vida... Que la vida no es sino una sucesión de semanas, humanamente, moderadamente santas...

Se acababa de morir Baudilia, una hermana de mi madre, no sé de qué enfermedad además de la de padecer ese nombre... No estaba lejos la muerte del herrero, que, por cierto, se murió a la segunda, ya que la primera vez fue una falsa alarma y volvió a alentar cuando ya estaban los negros caballos y los blancos en la rúa... Y el abuelo Ventura –qué cuajo, madre, qué cuajo– dijo que a callar... Y bajó él a dar las gracias a todos... Las gracias y, claro, el susto padre.

Pero se murió al fin, que la muerte es como es...

Aquel día había boda tras los lutos y tras la Semana Santa, que acaba de pasar, cuando mi padre –que todavía, ojo, no era mi padre– intentó dar un beso a la que todavía no era mi madre... Pero la abuela Ciriaca lo vio a saber por qué mirilla o lo intuyó, bajó y armó la de Dios es Cristo, Señor de todos, hasta de los que se pasan de rigurosos...

Soy, en definitiva, el hijo que le nació muerto a un herrero que, era tan vida, que tuvo que morir a la segunda... Una anécdota y, sobre todo, una lección: que hay que agarrarse a la vida sonriendo, sin dramatizar lo de la muerte, pero diciéndole que espere, que aun hay tiempo... Sobre todo, cuando aún hay mucho que hacer...

Ah, el caballo... Para mí, hay otro caballo en nuestra Semana Santa... Además del de Longinos, hay un caballo del que no sé si era blanco o negro... Sí que era rápido y heroicamente obediente... Y que, gracias a ello, estoy yo aquí, en el duro pero gozoso trote de cada día...

Contaré lo que me contaron, lo que sé en el documento de la mismísima entraña... Hace ya muchos años, iba mi bisabuela Isabel a misa, como cada día, desde la Rúa –vivía en la casa que más tarde iba a ser la fundición de mi abuelo Buenaventura y luego la mercería de mi tío Andrés Galván– a Santa María, la iglesia familiar en la que se casaron mis bisabuelos, mis abuelos, casi mis padres y yo no, pero no porque no esté casado, sino porque me enyugué con una chavala del San Andrés vallisoletano... ¿Por dónde iba?... La que sí sabía adonde iba era mi bisabuela: a misa, como cada día, dado lo rezadora que es la zona femenina de mi gente... Iba a misa, a Santa María... Estaba la torre en el primer tiempo en el nombre del padre, acababa de amanecer... Y, de pronto, gritos de: el toro, el toro...

Y el toro... Un toro cinqueño, sobrado, cornalón, que se había escapado de una de las ganaderías vecinas, creo que de la de Villagodio, y que llegaba, desempedrando, haciendo saltar chispas con las chitas... Y un vaquero detrás pero metiendo el caballo entre la mujer y el toro... El caballo, el otro caballo de mi Semana Santa... Y mi bisabuela estaba embarazada...

Embarazadísima, lo que en ella era habitual, ya que murió a los treinta y seis años y dejó veintidós hijos a la mesa, que lo suyo y lo del bisabuelo Leoncio era un no parar... Embarazadísima y con un cinqueño sacando chispas con las chitas... Así que la pobre se amonó frente a lo que hoy es la Junta Local de Semana Santa, más o menos –porque su relato no estaba para precisiones– donde la casa de Manolo Fuentes... Se amonó la bisabuela, el toro hizo por ella y el vaquero se cruzó... Y el caballo resbaló y cayó en la cara del toro con su jinete y salvó la vida a mi bisabuela...

Y allí murieron el vaquero y el caballo y nació –si iría embarazadísima la bisabuela Isabel– mi abuela Ciriaca... Allí, todo en un rebujo, como entre un «requiescat in pace» y un olé... Murieron vaquero y caballo pero salvaron la vida a la bisabuela y la abuela y, por lo tanto, a los que habíamos de venir: a mi madre y a mí... Así que cuando alguna vez me he preguntado por qué hay unos premios taurinos que llevan mi nombre, me contesto que acaso sea porque sigo haciendo el paseíllo en la vida por el cuajo de un vaquero de reses bravas, que, sin olés, hizo una hermosa faena... Bueno, sin olés entonces, porque pido permiso al Sumo Presidente, para, desde el centro del albero riosecano, alzar mi olé y pedir la oreja... La oreja para la faena de un riosecano, antecesor de los Peralta, que acabó con la propia muerte y con la vida de los demás...

Esta es la historia del otro caballo de mi Semana Santa... No sé si era blanco o negro... Si viejo o joven... Si dejó o no dejó a una yegua llorando en el cerrado...

Pero sé que estaba montado por el Longinos más gallardo de todos los Longinos... Como sé que cada año, el caballo del Longinos nuestro, cuando me ve en el corro, me guiña un ojo... Que podrá creerse o no... Pero así es... Cuando hice en la radio, con mi compañera Rosita, un programa sobre las localidades de la provincia, empecé, claro, por Rioseco y se lo brindé al vaquero que me dio paso franco hacia la vida.

En mi viejo rocinante llego a Rioseco, sabiendo bien sabido quienes son gigantes y quienes son molinos... Donde está el oropel y donde el oro puro... Llegó a pedir una lumbre en la que prender mi hachón, para ser en la constelación de la semana santa, de nuestra Semana Santa, una luz más, una luz chiquita pero decididamente clara, como toda luz que luce exactamente donde tiene que lucir...

Un cofrade, con la luz, con el corazón en la mano... Una luz que se ha prendido en el fervor de una fundición, de una fragua... El viejo herrero, el del nombre de colegio, se habrá quitado un brillo que le chisporroteaba en la mirada, un brillo raro en hombre tan hombre... La abuela se habrá dicho que Jesús, Jesús... Y, de Pilar a María, las doce hijas del hermanillo muerto, habrán echado a volar sobre los claros ámbitos para decir a todos que una de ellas es la madre del pregonero, de nada menos que el pregonero... Y el viejo herrero les dirá que eso no es nada, que lo importante es que es el hijo que se esperaba, el eslabón, al fin, de la cadena...

Y de cadena a cadena, la semana santa volverá a desentumecerse por las viejas rúas y a llamar con los nudillos del alma en cada puerta... Porque, tras cada puerta hay un hábito desentumeciéndose en el rito de la naftalina... Y todos juntos, echarán a andar... Echaremos a andar a una, alcaldes y mandados, bien mandados, en esa comunidad riosecana que se entiende tan bien, porque allá en lo más verdadero de la intimidad, más que formar una vecindad, conforman una total cofradía...

Vamos, pues, todos a ello... A dibujar, con las luces de nuestra sinceridad, en la expectación de la noche, la constelación de nuestra Semana Santa... Allá arriba, más aun de los hombros de la cruz, Dios dibujará, sobre el tormento, la gracia de la sonrisa y dirá a las aves de la mañana:

– ¡Son los de Rioseco...!

Y son, serán, seremos siempre los de Rioseco... Somos los de Rioseco que, este año, hemos sellado las cuentas cabales, porque un riosecano que no nació aquí ha llegado y ha ocupado su puesto...

Para hablar, para llevarle de la mano por el paisaje de los recuerdos... Para soñar, para adivinar lejanías en la posibilidad de lo imposible, para sonreír...

Somos los de Rioseco, los de los mares de trigo, los de las tres carabelas, la Santamaría, Santa Cruz y Santiago, los colonos de nuestra propia América... Los de Rioseco, una tripulación que tiene sus cuentas cabales... Una tripulación que tiene las manos encallecidas pero el alma iluminada... Porque le damos al remo, nos doblamos los riñones sobre el banco del galeote, pero todos somos almirantes.

PREGÓN DE SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO - 1958



Desde muy niño, año tras año, por los días de los Santos y de los Difuntos, mi madre me traía a Rioseco, para rezar ante la sepultura de mis abuelos. Mi abuelo se llamaba Buenaventura –un bello nombre– y era herrero –un bello oficio–. Mi abuelo se llamaba Buenaventura y, como un gran señor de cuento, tenía nueve hijas. Pero mi abuelo, como todo varón, soñaba con un hijo que llevase su apellido y le hiciese permanecer, aunque nuestro apellido –González– ni estuvo, ni está, ni creo que llegue a estar en trance de desaparecer. Soñaba con un hijo, mientras la casa se le llenaba de hijas, guapas según los mozos de la época, pero hijas. El único hijo nació muerto. Y hay que suponer a mi abuelo, al noble y fuerte herrero, descargando su furia contra el yunque, mientras las lágrimas chirriaban en el hierro rojo.

Murió mi abuelo mucho antes de nacer yo, pero siempre he pensado que su insatisfecho deseo del hijo fue como un puente entre los dos, como una realización al fin, pero con retraso. Y, por ese puente, se me fue mi corazón de niño hacia él; y, por ir hacia él, hacia esta su ciudad que él pisó, que él amó, hacia esta su ciudad donde él permanece, ya un poco más de tierra seca junto al río seco.

Por eso, por una filiación espiritual, esta es mi ciudad. Mis amigos de Rioseco, cuando hablan conmigo, dicen «nosotros, los riosecanos». Y es una buena verdad. De la casa del Capricho –hoy de mi tío Andrés– salió, un día, una mujeruca que llevaba una niña a bautizar. La niña era mi madre, la más pequeña de las hijas de Buenaventura. La bautizaron en la iglesia de Santa María. Y en la iglesia de Santa María se casó.

Mi padre, que no era riosecano, pero que amaba a Medina, venía a verla, de novios, en el entrañable «tren burra» que hoy ve, sorprendido, cómo se puede correr, sobre el viejo trazado, a más de treinta kilómetros por hora. Mi padre, un novio de bombín y pantalón estrecho, músico y poeta, puso también su piedra en el gran edificio de mi devoción por Medina de Rioseco; mi padre, que paseó los soportales de la calle de la Rúa y el

Castillo, y al que mi abuela, una rígida señora, no le dejó ni dar la mano a mi madre, al despedirse, el día antes de la boda...

Quizá un poco humorísticamente, he hablado de mi raigambre riosecana. Un poco humorísticamente, porque el humor no es mal arma para defenderse contra el enternecimiento, cuando se habla de personas, de ciudades o de hechos que le llegan a uno al corazón.

Aparte de estos poderosos vínculos de sangre, hay otros vínculos –tan o más fuertes– que me unen a Medina de Rioseco, por razones de pura simpatía: hay ciudades –como hay personas– que a uno le caen bien o mal desde el primer momento, sin que uno sepa por qué, aunque siempre hay una justificación en la calidad positiva o negativa de la ciudad o de la persona. Yo me siento a gusto en Rioseco. Apenas si tengo que encontrar el más pequeño motivo para venir aquí, a estar con mis parientes, con mis amigos, o, simplemente, solo, paseando las viejas calles o tomando un café en el Casino. En vuestro noble, en vuestro señorial Casino. Porque es preciso pensar que una Ciudad, con mayúsculas, sólo se produce cuando concurren en ella muchos factores. Y uno de ellos es –¿por qué no?– un Casino como el vuestro, un Casino cómodo, ya con la pátina del tiempo en todo él, como una condecoración; un Casino con esa solera que, por eso, precisamente, por ser solera, no puede improvisarse. Un Casino cómodo y amable que espera, igual que la puerta abierta de la casa de un amigo, como si hubiera sido posible lograr, para todos, ese rincón de cada hogar donde uno se encuentra más a gusto que en ninguna otra parte.

Razones de simpatía: a mí me gusta andar entre los viejos y solemnes porches, entre ese bosque estático familiar, y llegar al Canal y recordar que aquella era la Fonda de mi tía Goya, y darle un abrazo a mi tío Anselmo, que es el viejo más simpático y más guapo del mundo. Razones de simpatía y razones de sangre entremezcladas, porque mis parientes son, también, mis amigos, y jamás en Rioseco tuve la sensación de estar fuera de casa.

Estas razones de simpatía llevan de la mano a unas razones de reconocimiento. Yo sé que se me quiere en Medina de Rioseco, yo sé que lo poquito que uno consigue se ve aquí con una alegría propia, como la alegría de un riosecano.

Por estas razones –que otras no hay– se me designó para pronunciar el pregón de vuestra Semana Santa, de nuestra Semana Santa. Y por esas razones yo acepté, mientras sentía muy adentro, una gran emoción y una gran responsabilidad.

Vosotros sabréis perdonarme. Yo os llamo genéricamente de tú, aunque tanto respeto me merecéis, porque estamos en familia y la intimidad choca contra otro tratamiento cualquiera.

En este nuestro sincero plano de intimidad, encontraréis muy justificada mi emoción. Todas las frases al uso: «yo no soy orador», «nadie con menos méritos que yo»... tienen, en este caso, una exacta significación. Venir aquí, a la gran Medina de Rioseco, a abrir la gran puerta de su Semana Santa, no es tarea leve ni para mí ni para otro cualquiera. Y menos para mí, en quien concurren, además, unas circunstancias que me emocionan. Y la emoción jamás formó buena yunta con la brillantez.

Pero si corro el riesgo de defraudaros –lo que me dolería en las entrañas– tengo, en cambio, seguro el gran premio de estar con vosotros, de dejar escrito mi nombre en vuestra Semana Santa, de unirme, un poco más, a la gran ciudad de Buenaventura, el herrero, cofrade de La Oración del Huerto, quien se lo contará a algún compañero de hábito, cuando cargue, este año, con un gran paso de nubes y de estrellas.

Este pregón no debería ser dicho aquí, entre nosotros, donde todos nos conocemos y todos sabemos a qué atenernos respecto a la Semana Santa de Medina de Rioseco; este pregón debería ser dicho de cara a las más distantes latitudes, antes gentes extrañas, ante gentes que no supieran cuánto de grande, de bello, de noble, tiene esta vieja ciudad. A mí me gustaría que mi voz se oyera hoy en los más remotos países, o, al menos, en toda la geografía española. Me gustaría que mi voz se oyera y que yo acertara a decir lo que decir quiero, que yo diera en el quid de la grandiosidad, sobre todo en el quid de la autenticidad de Medina de Rioseco. Y me gustaría, no por la difusión de mis palabras –bien lo sabe Dios–, ni siquiera porque me sienta unido por vínculos entrañables a vosotros, sino por ese alto sentido de la justicia y de la verdad que tenemos las gentes de estas tierras; porque sería verdad cuanto dijera; y ayudar al conocimiento de la verdad es misión, alta misión, insobornable misión, del hombre de bien. Aparte de esto, todos aspiramos a que nuestra tarea –grande o pequeña, luminosa u oscura– tenga eficacia, a que cumpla el fin que perseguimos al emprenderla, y yo sé de antemano que ni uno siquiera de vosotros verá aumentado, después de escuchar mis palabras, su amor por Medina de Rioseco; porque el amor, cuando es amor, como el que sentís –como el que sentimos–, por esta ciudad, no admite gradaciones, no puede crecer.

Por eso, repito, me gustaría hablar ante gentes del norte, del sur, de levante, ante gentes que no os conocieran, ante gentes para las cuales Medina de Rioseco fuera sólo un bello nombre, significara, únicamente, un conocimiento intelectual.

Ante tales gentes, yo echaría gustoso sobre mis espaldas la tarea de hacer la misión de Rioseco, de pregonar su verdad por calles y por plazas, en teatros y en mercados... Y diría:

Os hablo de una ciudad que lo fue todo; de una ciudad que es seca por su río y fértil por sus hombres, de una ciudad abrazada por los trigos honrados de los campos. Os hablo de una ciudad pequeña y grande, de un viejo hidalgo que, en su vieja casa, rinde culto diario a un señorío que no se improvisa, a un pasado, permanente en sus actos, en sus pensamientos, en sus palabras. Esa ciudad, amigos, es mi ciudad, y yo os digo que estoy orgulloso de que así sea. Orgulloso y obligado, porque el ser de Medina de Rioseco –aunque se sea espiritualmente, vocacionalmente, como lo soy yo– obliga a mucho. Hay que alistarse en una milicia de estricta honradez, de aguda justicia, de pura caballerosidad, de llamar a las cosas por su nombre; hay que saber ser fiel, leal, hoscamente sincero. Os hablo de una ciudad que no tiene trolebuses ni grandes estadios, ni rascacielos; de una ciudad sin señales luminosas, sin campo de aviación, pero que, con todo, es una gran Ciudad, con mayúsculas, de los pies a la cabeza, desde el más hondo cimiento roqueño hasta el casi alado vértice de la torre de Santa María. Y esa ciudad, mi ciudad, no cambia. Quedó en el espacio y en el tiempo, en su fisonomía cabal, sin concesiones al paso de los siglos, sabedora de que pisaba firmemente sobre su propia personalidad. Y, a la par, abierta a todo lo nuevo, a todo lo bello, en gracia a su ferviente sentido de lo universal.

Para ellos no sería un tópico –como ha llegado a serlo entre nosotros– hablar de las iglesias. Y les diría:

Aquella ciudad, con ser pequeña, tiene tres iglesias, cada una de las cuales justificaría un viaje: Santa María, la gallarda, la de la capilla de los Benavente; Santa Cruz, que os sorprendería, al trasponer su puerta, como un incendio de oros; Santiago, que es más grande por dentro que por fuera. Y una cuarta, San Francisco, en la que unos barros, barros de nuestra tierra, os sumirían en la más limpia admiración. Muchas y muy grandes iglesias para Medina de Rioseco, podrán pensar quienes midan por metros o por miles de habitaciones. Pero yo os digo que aquella ciudad, merece tales iglesias; os digo que no nacieron allí por un albur, sino porque es lógico que allí hayan nacido.

Y les diría:

¡Venid conmigo a mi ciudad! Pasearemos la maravillosa calle de los soportales, uno de los paisajes urbanos más netos y auténticos del mundo, y, si tenéis ganas de andar, echaremos camino adelante hacia Castilviejo. Allí encontraremos una humilde ermita, y encontraremos también, el eje, el norte de la devoción riosecana. Junto a la pequeña Virgen está la oración que pide y la oración que agradece; está la esperanza, está la alegría y está, también, la resignación.

Y volveríamos, despacio, a la ciudad. Y en el aire sería, para nosotros, más transparente y el cuerpo nos pesaría menos. Que ante la vieja y entrañable talla y, tras estar ante ella, como a todos los riosecanos, nos invadiría una indecible dulcedumbre, como si abriera jubilosamente las alas el ángel de tierra que todos llevamos dentro.

Allá en las más lejanas latitudes, por calles y por plazas, en teatros y en mercados, yo diría:

El señorío no se improvisa ni se compra. El señorío es el poso de siglos y siglos de ser señor. Y, de la misma manera que alguien dijo que son precisas tres generaciones para lograr unas bellas manos de mujer, yo os digo que la realidad de Medina de Rioseco está determinada por el decantamiento, de padres a hijos, de un modo de ser, de una excelencia. Mi ciudad –volvería a decir– no tiene trolebuses, pero es una gran ciudad, es una gran señora. Y, por serlo, por ser una gran señora de nuestra España, católica y sensible. Católica: si alguien no siente, en cada amanecida, en cada pulso de su corazón, en cada trino del pájaro, en cada flor, en cada niño, la presencia de Dios, que vaya a los recios campos de mi ciudad, que desmenuce la tierra entre sus manos –una tierra hostil, seca y difícil–, y de la tierra, como el prodigio anual de cada espiga de cada cosecha, le nacerá la fe. Que desmenuce la tierra, que mire arriba, al cielo perfecto, y sentirá, en sus entrañas, la Verdad, como en sus entrañas siente la tierra el germen que será harina de pan o cuerpo de Cristo.

Tierra seca y difícil, tierra para pisar fuertemente, para andar sin miedo, tierra de hombres que a nada le temen, salvo a Dios. Tierra de almirantes y de guerreros, tierra de labradores y de menestrales... Tierra de hombres de espíritu abierto a todas las bellezas. Y, cuando comprendáis esto –diría a las gentes que no os conocen–, podréis empezar a comprender la maravillosa realidad de Medina de Rioseco, el porqué de su prodigio, la razón de que yo os diga, no como un mensajero publicitario, sino como un amigo de buena fe: ¡id a Medina de Rioseco!

Id cuando queráis, que toda hora será buena. En la amanecida, cuando la ciudad se despereza, las yuntas salen al campo y de los hornos se eleva el humo en maitines. O al mediodía, cuajado de sol. O al atardecer, cuando la luz se arrastra en los Torozos, para quedar prendida en un ¡hasta mañana! en la torre de Santa María. O por la noche, cuando la ciudad cobra, quizá, su más personal calidad y un aire de transmundo la envuelve. Id cuando queráis, pero, si os es posible, id en Semana Santa.

Yo he vivido, entrañablemente unido a la ciudad, la Semana Santa de Rioseco. La he vivido, porque no se trata de presenciar un espectáculo, sino de meterse dentro de un drama. Las venerables muestras de la ima-

ginería castellana que desfilan por las calles de Medina de Rioseco no lo hacen ante un gentío imparcial y objetivo, congregado para ver, para admirar. El pueblo es parte del drama, se incluye en él y siente la tremenda responsabilidad del deicidio. Yo estoy seguro de que, al paso del sublime y manso Nazareno, más de una mano viril se cierra y muerde su impotencia, su no poder alcanzar a liberar al Justo. Yo estoy seguro –que lo he visto– de que hay lágrimas en los ojos; lágrimas de pena y de contrición. Yo estoy seguro de que, en cada madre riosecana, se hace carne de angustia y de sollozo la Pasión de la Madre de Jesús.

Se me podrá decir que tales reacciones son propias de un pueblo católico, sinceramente católico, sin más, y que, para que se produzcan, no es necesario sino la meditación de los hechos del Gran Drama. Pero ocurre que en Medina de Rioseco la reacción no se produce en éste o en aquélla, por su mayor grado de catolicidad o, simplemente, de sensibilidad, sino que aparece conjuntamente, totalmente como si la ciudad tuviera un solo y traspasado corazón. Y aparece al conjuro del arte, del arte puro de su imaginaria. Porque –no he de engañaros– mi ciudad no es ni más ni menos católica que las demás ciudades de nuestra España. En ella se ama a Dios y en ella se peca. Pero hay una trágica coyuntura anual, en que el hombre y la mujer, el sano y el enfermo, el rico y el pobre, olvidan todos los tristes, todos los pequeños problemas de aquí abajo y se sienten trasplantados, al través del tiempo y del espacio, al pie de la Cruz. Esta recapitulación anual de nuestras culpas, este sentirnos reos de un delito que renovamos diariamente con nuestro pecado, nos franquea, año tras año, estoy seguro, la amplia puerta de la misericordia de Dios.

Para que se produzca la Semana Santa de Rioseco es necesaria, pues, una catolicidad a la par que un acusado sentimiento artístico, vivo en la médula del pueblo; que nada lograrían las más maravillosas tallas, si los corazones no supieran vibrar ante ellas.

Y hemos llegado, por otro camino, al señorío, a la calidad de la ciudad. Al señorío, a la calidad, porque ese saber sentir, ese poder emocionarse, porque sí, sin un proceso crítico, sin un razonamiento intelectual, no es sino el producto de muchos siglos de saber y entender, de muchas generaciones de cara a la belleza de las cosas del espíritu: la herencia inestimable que Medina de Rioseco, que los hombres de la actual Medina de Rioseco cuidan celosamente, para legarla, acrecentada –o íntegra, al menos– a los que están por venir.

Y, ahora, dirigiéndome a vosotros, riosecanos, ilustres por ser riosecanos, os diré que ese celo, esa cuidadosa atención porque cada día entronque con el que le precedió, porque no se pierdan las virtudes altas de la ciudad, no debe decaer. Yo estoy seguro de que así será, y sé que mis

palabras serían ofensivas si no estuvieran dictadas por mi amor por Medina de Rioseco, si no estuvieran dichas aquí, como en familia. Os diré que cualquier sacrificio, que cualquier esfuerzo estará justificado en la gran tarea de hacer permanentes las grandes virtudes de los que nos antecedieron, de hacer que la ciudad no pierda su egregia fisonomía; y –ciñéndonos a este pregón– de hacer que la Semana Santa de cada año gane, sí, si es posible, en fastuosidad, en concurrencia de forasteros, pero sin que pierda un ápice de lo que es su esencia, de lo que la da un valor auténtico que excede de todas las comparaciones. Yo he presenciado vuestra Semana Santa, y apenas si puedo reflejar en palabras mi emoción. Mi oficio es escribir y hablar y, no obstante, siento como si una total torpeza, que se acerca a la impotencia, me ciñera al intentar expresar mis impresiones.

Estamos ante el pórtico de la Semana Santa. Pasado mañana, Domingo de Ramos, la ciudad recibirá a Jesús, al buen Jesús sembrador de amor, que llega con los brazos abiertos. Los niños le escoltarán, y en el aire jubiloso de la mañana las palmas fingirán un fabuloso mar de trigo en sazón. Jesús –ya con nosotros– recorrerá, cargado con la Cruz, las calles y las plazas en las fervorosas, en las sobrecogedoras procesiones de Medina de Rioseco. Y habrá un momento, en un justo atardecer, en que se dirá, en la iglesia de Santa María, el sermón de la Soledad... Han pasado ante los ojos de los riosecanos y de los forasteros el Vía Crucis, la procesión del Santísimo Cristo de la Paz, la procesión del Dolor, la procesión de la Pasión; han llegado a nuestra alma los sermones de la Paz y del Mandato. La ciudad está preparada, el ambiente de la Semana Santa ha ido cuajando, poco a poco, en una neta, en una asombrosa realidad. Todo queda olvidado: la ilusión, la angustia, la alegría; todo queda olvidado ante el hecho cumbre de los tiempos. Cristo va a morir. Va a morir de nuevo. Han quedado atrás el frío de Belén, la inquietud de la huida a Egipto, los largos y ásperos caminos de predicación: Cristo tiene al alcance de la mano la suprema meta de su vida humana, el supremo fin de su sacrificio. Cristo va a morir. Y aquí, en Medina, por obra y gracia de su imaginiería, van a reverdecer el dolor y la muerte: La Crucifixión, El Descendimiento, La Piedad, El Santo Sepulcro, La Soledad... Los «pasos» de la magna procesión riosecana están dispuestos; en el atrio de Santa María, se agolpa el gentío. Van a salir La Crucifixión y El Descendimiento, o, hablando vernacularmente, entre nosotros, «El Longinos» y «La Escalera». Es el impresionante, el riosecanísimo momento de «la salida». La veintena de cofrades de cada uno de los grandes pasos está preparada. Hay que sacar los pasos por una puerta que excede escasos centímetros de lo sumo de la Cruz, en el Longinos, y del

codo de José de Arimatea, en La Escalera. Y hay que sacarlos conforme a un arte, como si las grandes masas no pesaran y fueran llevadas por manos de ángel, casi sin moverse. El capitán –llamémosle así– de cada paso arenga a los suyos. Previamente, ha sido dicha la oración. El capitán arenga a los suyos, y vemos cómo el paso es elevado, de un solo impulso, al antebrazo de sus cofrades, cómo suavemente va acercándose a la puerta, cómo va perdiendo altura, mientras los hombres se doblan y los nudillos rozan o casi rozan el suelo.

Pese a que todo parece sencillo y hacedero, se adivina, se respira la dificultad, el extraordinario esfuerzo. Y el gentío contiene la respiración. Parece que cada espectador siente en sus músculos la tensión del momento, como si cada paso fuera sacado entre todos, a suaves golpes de sangre. Pero ya el paso está afuera, y, de pronto, es tirado a lo alto, en una limpiísima ascensión, y recogido en los hombros de los portadores. Si la salida ha sido bella –siempre lo es– suena una emocionada ovación. Luego empezará a salir el otro paso. Sus cofrades estarán dispuestos a mejorar lo que los otros hicieron, en una luminosa pugna que, sin duda, será seguida con interés por las bandadas de ángeles, que el día de la salida y de la entrada ocupan los aleros del atrio de Santa María.

Ya está en marcha la procesión de la Soledad. Despacio, como hiriendo la carne de la noche, va avanzando por las calles de Medina de Rioseco. El pueblo, el buen pueblo de la ciudad se aprieta en las aceras o asoma, como una piña, por los balcones y ventanas. Acaso una moza casadera, intente tocar el pie de José de Arimatea, por el aquel del novio que está por venir... La noche ha caído sobre Medina, como sobre los siglos. La noche ha caído sobre las risas, sobre los trigos, sobre los hogares en paz, sobre las conciencias. Va a morir Jesús.

Es la culminación artística y emocional de la Semana Santa riosecana. La ciudad tiene un solo latido. Y es todo: es la tremenda presencia del drama, es la interpretación del arte, el medio impar de las calles... Es todo porque, sin la conjunción de muchos factores, no podría haberse dado, para la fe, para la emoción, el prodigio.

Y ahora comprenderéis perfectamente, queridos amigos, el porqué del agudizamiento de mi sentido de la responsabilidad. Hablar aquí, en esta sala capitular, abrir con mi mano de tierra el pórtico luminoso de vuestra Semana Santa, es algo que me honra sobremanera, pero que, a la par, me da la medida de la pequeñez de la palabra. Este pregón debería ser dicho con flores, con luces, con colores; habría que inventar un arte de expresión. Pero yo sólo tengo esta voz, que se enorgullece de sonar acorde con las vuestras; esta voz, que siente el riesgo de hablar en la tierra de don Ventura García Escobar, del gran don Benito Valencia

Castañeda –el de las inolvidables crónicas de antaño–, de don Justo González Garrido, de don Vicente Marín, de don Mariano González Herrera –que, durante casi medio siglo, dirigió el venerable Colegio de San Buenaventura hoy bajo la mano de ese celoso educador que es Francisco Blanco–; en la tierra del otro Benito Valencia, el de ahora, del admirado maestro Esteban García Chico, hijo predilecto de esta ciudad, que nació simbólicamente donde tuvo su taller Juan de Juni, en la Plaza del Matadero, una plaza que muy bien pudiera llamarse de García Chico... En la tierra, en fin, de otras muchas altas personalidades cuya lista sería interminable. Pero el pregón está dicho. He venido, porque habéis querido que viniera; que los hombres de estas tierras le echamos valor a la vida, aun en trances tan difíciles como éste.

Está dicho el pregón; pero insisto, finalmente, en que debería haber sonado de cara a gentes extrañas, a gentes que no conocieran el prodigio, para invitarles a abrir los ojos a esta Semana Santa, para que, una vez aquí, ante vuestras iglesias, entre vosotros, comprendieran que si yo dije que nuestra ciudad, nuestra Medina de Rioseco, lo fue todo, aún, en lo que verdaderamente importa, sigue siéndolo todo.

Nada más.

Edita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

